

Lazos



La revista del Centro de Interpretación del Folklore y la Cultura Popular
Nº 73 El otoño, 2021



María Merino, natural de Aldealcorvo, a los diecinueve años con su hijo Nicasio de uno, nacido en La Ventosilla - San Pedro de Gáillos. Fue el mayor de los ocho hijos que tuvo en su matrimonio con Juan Rodríguez, de Sebúlcór. (Retratista ambulante, 1915)





III PREMIO DE POESÍA “POETA DE LA SIERRA”

A LA MEMORIA DE D. EULOGIO MORENO PASCUAL



Victor Abascal y Marta González, premiados en 2020, leyendo sus poemas.

Los pórticos de las iglesias fueron lugar de refugio, juegos, funerales y celebraciones. A nosotros nos sigue pareciendo el pórtico románico de la iglesia de San Pedro el lugar perfecto para encontrarnos con la cultura, y especialmente para *Cuentos y Versos al fresco* que tras el obligado parón pandémico, el Ayuntamiento de San Pedro de Gaiños ha recuperado en el verano de 2021, con cuatro tardes en las que hemos vuelto a disfrutar de la literatura. La primera, con Luis Domingo Delgado que, acompañado de Ignacio Sanz, José Luis Rojo y Feliciano Ituero, presentó su último trabajo: “Sabula y otros cuentos”. En otra, el Museo del Paloteo presentó su primera publicación en forma de cuento danzado, rimado y paloteado: “Danzando al son de los palos”, con textos de María Quintana quién también trajo su nuevo título: “Enyd y el bosque olvidado”.

El 21 de agosto celebramos el acto de entrega de los premios *Poeta de la Sierra*, de las ediciones de 2020 y 2021. Un certamen de poesía que organiza el Ayuntamiento en colaboración con la familia del sacerdote y poeta, Eulogio Moreno. Contó con la presencia de dos de los premiados en la pasada edición. Acompañada de su familia, desde Granada vino Marta González Salido, ganadora en modalidad infantil con el poema “Campo de

Florida”; y desde Santander, Victor Abascal Acebo que con “Montaña” había ganado en la modalidad C, para mayores de 18.

Desde Vacarisses (Barcelona) vino Pedro Puerma Barrio, ganador en la modalidad C de 2021 con la obra “Si yo no sintiera”. Los otros dos premiados de este año fueron: en modalidad A (hasta 12 años) Ángela Rivaya Fernández con “Los campos en invierno”; y en la modalidad B (de 13 a 17 años) el poema “Vida en colores” de Gerard Fondevila Carreras.



David Hernández Sevillano, poeta y miembro del jurado, leyendo una de las obras premiadas.

Leído el fallo del jurado, formado en 2021 por: Consuelo de Francisco Barrio, Sergio Artero Pérez, Sara Galindo Delgado, David Hernández Sevillano y Luscinda Llorente de Antonio, se leyeron las obras premiadas. Después se abrieron micrófonos, cerrando el acto Pedro Luis Sigüero con la lectura del poema de Eulogio Moreno: “La caldereta”.

Lazos

LAZOS

DEPOSITO LEGAL
SG.73/2003



La revista del Centro de Interpretación del Folklore y la Cultura Popular
Nº 73, El otoño, 2021

CENTRO DE INTERPRETACIÓN DEL FOLKLORE - MUSEO DEL PALOTEO
40389-San Pedro de Gaiños - SEGOVIA
Teléfono: 921 531001 y 921 531055 /Fax: 921 531001
centrofolk@sanpedrodegaiños.com /www.sanpedrodegaiños.com

Edita: Ayuntamiento de San Pedro de Gaiños
Centro de Interpretación del Folklore

Dirige: Arantza Rodrigo

Consejo de Redacción: Demetrio Casado, Ismael Peña y Carlos de Miguel.

Colabora en este número: Luis Casado de Otaola.

Fotografías:

Portada: cedida por Lauro Rodríguez Merino.

Pág 2, 3 y 6: A. Rodrigo - Centro de Interpretación del Folklore.

Pág 4: Selene Martín - Centro de Interpretación del Folklore.

Pág 5 y 6: Chuchi Guerra.



LOS CAMPOS EN INVIERNO

Los campos en invierno por las mañanas.
La luz que pasa por tu ventana.
Los atardeceres que siempre vimos
Pero, que, nunca describimos.

Todos aquellos días de noviembre
Con toda esta gente
Las casas a lo lejos
Y los hórreos tan viejos.

Lo mejor del día está por venir
Asique, los hay que reunir
Las lágrimas se me caen
Solo de pensar en sí.

Ángela Rivaya Fernández

VIDA EN COLORES

El bermellón refulgente de la tarde
saluda a la lágrima inquieta,
la lágrima de la fe,
la fe en los ocres ignotos y los amarillos conocidos.
Las manos se reúnen en una sinéresis de sonidos,
en un círculo de brazos encajados,
en unas palabras extrañas pero fraternas,
en unas miradas cómplices, amigas.
El rojo de sangres comunes
y pasiones transversales
empapa el corazón del aventurero,
aquel corazón casi roto
entre el azul salino de la oscuridad,
entre el barboteo de espumas descontroladas,
entre el bamboleo de un barco de papel.
Las sangres son hermanas eternas,
cicatrizando los kilómetros de desiertos y mares,
aquellos que el destino caprichoso
ha elegido para unos y otros.
Las sangres son sangres de latidos comunes,
sangre arrebatada entre bosques salvajes,
calles salvajes,
arenales interminables.
Los ojos se convierten en pinos,
o en encinas, o en hojas de flores cobijadas,
mientras un pájaro cantor
sobrevuela sombreros de paja
y pieles quemadas.
Las chimeneas saludan alegres
el caminar firme del navegante,
mientras que una sinfonía de letras
envuelve el deseo de amar
y ser amado.
El verde acompaña una peripecia
que no es destartalada,
que convive con la guadaña de Poseidón,
que se aferra al sollozo y el aire.
El verde es una danza de manos y brazos,

las manos y los brazos de colores
que llevan vida a la vida,
que regalan sonrisa a la sonrisa,
que aman el amor
y que pintan el alma de los colores de vida.

Gerard Fondevila Carreras

SI YO NO SINTIERA...

Si no viera el trigo pintar sementeras,
ni el sol despertando entre robles y encinas,
si no atravesara montañas, colinas...
quizás no sabría soñar primaveras.
Si no hubiera abril lluvioso y templado
bañando los campos sin pausa, sin prisa,
si no hubiera gotas que mojen la brisa,
sería nuestro suelo un dibujo borrado.
Si no contemplara aquel sol de poniente
o las ondas marinas rozando la arena,
si no me mirara en la luna más llena
sería como tierra sin agua ni fuente.

Si nunca notara el color de los días
ni el ruido de abejas en lecho de flores,
si no descubriera fragancias y olores
sería como un libro con hojas vacías.

Si nunca cruzara llanuras, riberas.....
ni oyera a las aves cantando sus trinos,

Si nunca pisara veredas, caminos...
yo mismo pondría a mis pasos fronteras.
Si no me perdiera entre valles y montes
ni oyera el rumor de los ríos y mares,
si no me asombraran desiertos, glaciares...
sería como noche sin luz ni horizontes.

Si yo nunca oliera a tierra mojada
y no viera el agua nutriendo caudales,
si nunca parara a escuchar manantiales,
sería como andar entre el cero y la nada.

Si yo no marcara en los bosques mi huella
o privara mi vista del mago universo,
jamás yo podría escribir este verso,
jamás llegaría a la luz de una estrella.
Belleza de un mundo, si yo no te viera
que siembras color y la rama verdeas,
que alegras el aire, que el tiempo volteas...
si yo lo ignorara... muy mal yo viviera.

Si yo no sintiera...

Pedro Puerma Barrio



Pedro Puerma, premiado en 2021, y Ángel de Antonio, sobrino de Eulogio Moreno y promotor del premio "Poeta de la Sierra."



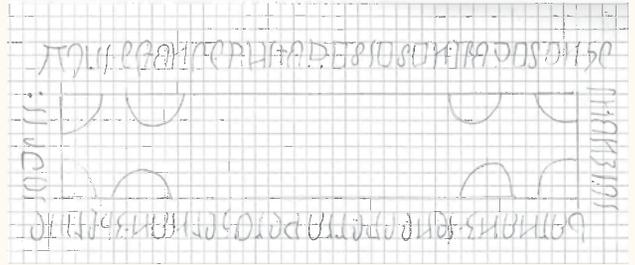
LA LAUDA SEPULCRAL DE LA IGLESIA PARROQUIAL DE SAN PEDRO DE GAÍLLOS

(Una propuesta de transcripción)

A la memoria de Milagros Llorente



Lápida en la nave de la Iglesia



Croquis de la lápida (Luis Casado)

Mi prima Milagros, cuya bondad siempre tuvo de mis capacidades un concepto tan alto como inmerecido, me dice un día:

- A ver si sacas lo que pone en la tumba que hay en la iglesia, que dice el cura que es la única inscripción que todavía no ha podido leer nadie, ni siquiera unos que vinieron de la Universidad.

El propio Don Félix lo confirma, algunos meses después, mientras fotografío la tal lápida.

Uno, que es medio vago y bastante menos capaz de lo que Milagros suponía, corresponde a las expectativas tarde, mal y a medias.

La lápida

La lápida es una losa de piedra rosada similar a la de las no lejanas canteras del Villar que se usa en la comarca. Forma un rectángulo irregular de aproximadamente 180 x 58 cm., decorada con una inscripción en toda su franja exterior perimetral. Dicha franja forma a su vez otro rectángulo interior, con una sobria decoración en relieve de “bolas” (en realidad medias y cuartos de circunferencia), típica del gótico final.

La lápida está en el lado sur de la nave, a la izquierda de la entrada. Esta puede no haber sido su exacta posición original, ya que la nave fue ampliamente reedificada en el s.XVIII (Diputación, 2018). Sin embargo, no parece tratarse de

un material reaprovechado (como la inscripción romana fragmentaria a la entrada del templo), ya que la lápida, además de estar íntegra, no se ha utilizado para una finalidad particular ni se ha colocado en un contexto o posición distinta de las que presentan habitualmente los enterramientos en iglesias, a los que me refiero más abajo.

La inscripción

Por su factura, la inscripción podría corresponder a un taller de lapidarios de segundo o tercer orden, que imita con tosquedad modelos más profesionales y lujosos. La escritura de la inscripción corresponde a modelos del gótico tardío, conviviendo ya con tipologías de la letra humanística renacentista, en la que se alternan, por ejemplo, la morfología actual de la ese capital “S” con la ese alta gótica “f” (como en “sepultados”), lo que también apunta a una cronología ya de finales del xv o del s. xvi.

El tiempo y las pisadas repetidas a través de los siglos han borrado en gran parte los trazos que el cantero grabó en la piedra y el mensaje que quienes allí se enterraron quisieron dejarnos. Por ello, esta transcripción es una propuesta en parte hipotética:

Aquí están sepultados los onrrados J(u)a
n he/rnanz i al/barnanz i en esperra pero
hernanz berme/io DLII



O bien, actualizando las grafías y desarrollando las abreviaturas:

Aquí están sepultados los honrados Juan Hernanz y Alvar (Her)nanz, y en espera Pero Hernanz Bermejo. (Mil) Quinientos Cincuenta y Dos.

Las personas

Juan, Alvar (o Álvaro) y Pero (o Pedro) ¿Quiénes eran? La coincidencia del apellido Hernanz indica, como el hecho de enterrarse juntos, la pertenencia de todos a una misma familia de la que, sin embargo, no se mencionan mujeres. Si la lectura “y en espera” resulta correcta, indicaría que la lápida fue encargada aún en vida de Pero Hernanz Bermejo, quizá para sus mayores de la generación anterior. El apellido Hernanz, relativamente común en Segovia tanto en esa forma como en su variante más rara Arnanz (INE), no existe en la actualidad en San Pedro que yo sepa, ni tampoco se documenta entre sus vecinos del s.XVIII en el Catastro de Ensenada, donde sí aparece la variante Hernández, pero debe tenerse en cuenta que en el s.XVI las formas fonéticas y sus transcripciones escritas eran aún muy fluidas, y tampoco los usos de apellidos estaban fijados por completo.

En cualquier caso, estas personas se califican a sí mismas como “honradas”. Al hacerlo, no sólo reivindican una condición moral, sino que también definen una posición social y económica que iba de la mano de aquélla en la mentalidad de la época, en la que honra y fortuna tendían a asociarse.

En el citado Catastro de Ensenada, dos siglos posterior, todos los vecinos de San Pedro pertenecen al estado llano. El apelativo “honrado” no implica hidalguía, pero sí describe el esfuerzo para intentar aproximarse a ella que iniciaron esos “labradores” del s.XVI, en el que la palabra no era sinónima de “agricultor”, sino de campesino propietario (o arrendatario de señores ab-

sentistas) y relativamente próspero, cuyo celo por defender su estatus y su “honra” tantas huellas dejó en el teatro del Siglo de Oro.

Esa misma voluntad de diferenciación social pudo alentar el encargo de una tumba labrada y epigrafiada, aunque la comparación con sus modelos encargados por nobles, hidalgos y personas más acomodadas evidencia la tosquedad de la realización y sugiere las limitaciones de esas aspiraciones de estatus.

La sepultura

Las iglesias rurales encarnaron física, jurídica y espiritualmente la identidad entre las comunidades de aldea y su parroquia, a la vez un edificio de culto, una circunscripción territorial de administración eclesiástica y recaudación de diezmos y una comunidad tanto de “vivos receptores de sacramentos” y partícipes de otras devociones (bautismo, matrimonio y las fiestas y rituales asociados) como de los muertos enterrados en el mismo templo (J.A. García de Cortázar, 1990).

Sólo los grandes y poderosos escapaban a este encuadramiento, y pueden elegir para enterarse el templo de su particular devoción, normalmente beneficiado por ellos mismos o sus familias, e incluso fundar para ello capellanías o, en casos excepcionales, enterrarse en lugares tan privilegiados como el altar.

Para quienes no pueden dotar y construir a su costa una capilla privada, el encargo de una tumba labrada e inscrita con sus nombres constituye una forma de diferenciación social y de expresión de su prosperidad, que muy probablemente fue acompañada de algún tipo de desembolso económico piadoso en favor del templo y del descanso eterno de aquellos hombres honrados, que dejaron sus nombres grabados en piedra para nosotros y de los que, sin embargo, nos quedamos con ganas de saber un poco más.

Luis Casado de Otaola

Fuentes citadas:

- José Ángel García de Cortázar y Ruiz de Aguirre, *La sociedad rural en la España medieval*, Madrid, Siglo XXI, ed.1990.
Diputación Provincial de Segovia, *San Pedro de Gaillos: iglesia de San Pedro* (Aproximarte 2018; el románico segoviano) <https://www.dipsegovia.es/aproximarte>.
INE, Frecuencia de apellidos por provincia, <http://www.ine.es/apellidos/>



ISMAEL Y FERNANDO ORTIZ

“ANIMALES DE LA CANCIÓN TRADICIONAL”
UN RECITAL CON-VERSADOS

El pasado 16 de octubre fue la vencida, por fin tras dos aplazamientos, el Centro de Interpretación del Folklore acogió el encuentro entre dos cantantes y folkloristas segovianos admirados y queridos no solo en nuestra provincia, tal y como quedó reflejado por la diversidad de procedencias del público que llenó la sala. Se trataba de una propuesta de música conversada sobre una temática concreta: los animales en la canción tradicional.

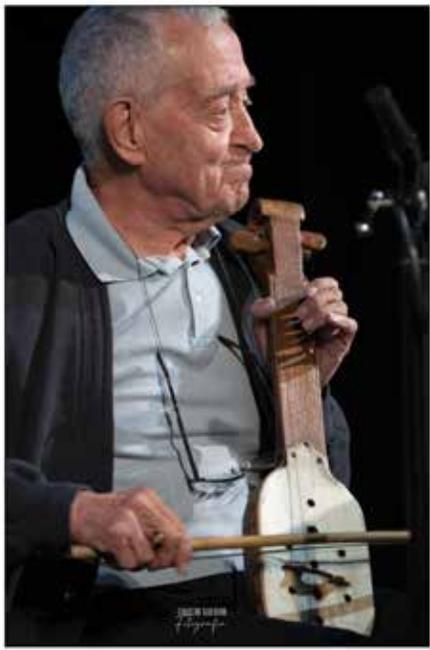
Ismael Peña de 85 años y Fernando Ortiz, componente del Nuevo Mester de Juglaría, con 70, llevan más de medio siglo dedicados al folklore, sus voces imprescindibles y personalísimas, son familiares para varias generaciones. Ellos, aceptaron la invitación y trajeron a nuestro escenario sus voces que sonaron a pelo o acompañadas con sus guitarras, en el caso de Ismael también con rabel y otros instrumentos de percusión tradicional, para llenarlo de animales, música y tradición.

Abrió el encuentro un breve documento audiovisual sobre la exposición “Señas de Semovientes” que había ocupado ese mismo espacio y pudo visitarse de mayo a septiembre, resultando ser la excusa perfecta para reunir a estas dos figuras destacadas de la música tradicional en este primer “Recital con-versados”. A modo de presentación, un vídeo dedicado a cada uno de ellos, para Fernando, su hija Cristina escribió un precioso texto al que también puso voz y pudo escucharse mientras se veían imágenes de una vida dedicada al folklore junto a sus compañeros del Mester. En el caso de Ismael fue la nota que Miguel Delibes escribió tras un recital en el año 1970, incluida en el libro “Un año de mi vida”, en la voz del actor cuellarano, Fernando Cárdbaba, la que acompañó la proyección.

Recibidos con un cálido aplauso cargado de un gran afecto que estuvo presente durante todo el recital, comenzaba Ortiz, dedicando unas palabras a Ismael por su labor y su magisterio en el folklore. Después, en un ameno e interesante relato fue desgranando coplas, nanas, romances, fábulas... textos de la tradición oral que surgen para contar y cantar a lo cotidiano, yuntas de bueyes y mulas, ovejas y pastores, perros, pavos, pulgas y piojos, milagros de San Antonio y por su puesto “La loba parda” un romance que en la voz de Fernando Ortiz nos sigue emocionando.



Ismael recordó los encuentros con el Nuevo Mester de Juglaría en sus comienzos y expresó la satisfacción de poder compartir este momento. Buena parte de su recital estuvo centrada en los cantares donde los animales han inspirado y servido para expresar sentimientos, para cantar a los amores y desamores. Águilas, alondras, calandrias, cardelinas, jilgueros, ruiseñores o palomas representaban tales emociones. No quiso dejar de cantar a sus poetas, interpretando dos poemas de Gloria Fuertes, a los que el mismo puso música, y otros recogidos y adaptados por Federico García Lorca. Cerró la actuación con su magnífica ver-



sión del romance “Los mozos de Monleón” donde un toro es protagonista del trágico final.

A petición del público cantaron juntos “La Tarara”, un broche de oro para una tarde irrepetible premiada con una larga ovación que también era expresión del reconocimiento a sus años de entrega en la tarea de rescatar, preservar y difundir nuestro patrimonio.

Para terminar tomamos prestadas las palabras que Fernando Ortiz dedicaba a Ismael y las hacemos extensivas a él: “los cimientos estaban ahí, y de esos mimbres salieron muchas cestas”.

Confiamos que este primer **Recital con-versados** sea la semilla que lo convierta en un espacio común para el encuentro de artistas y personalidades del folklore.

MARIANO MATEY VISITA EL MUSEO Y LAS AULAS DE MÚSICA TRADICIONAL

A primeros de octubre comenzaron las clases en las Aulas de Música Tradicional. Para el Aula de Dulzaina el inicio fue muy emotivo ya que recibieron la visita de Mariano Matey, veterano dulzainero, natural de Valleruela de Sepúlveda.

Fue especial por diversas razones ya que Mariano es sobrino del “tío Tambores”, Pedro Matey, querido y admirado dulzainero que acompañó al primer grupo de Danzas y amenizó durante varias décadas las fiestas y celebraciones en San Pedro de Gállos.

Mariano también fue uno de los primeros músicos que participó en 2010 en el I Ciclo de Otoño “Dulzaineros, semblanza y repertorio” que organiza el Centro y dirige Carlos de Miguel, profesor de dulzaina en las Aulas y colaborador en esta revista con la sección *Interpretes Tradicionales* de esta revista, donde también se le dedicó un artículo publicado en el nº 26, invierno de 2010.

La razón de su visita fue el deseo de entregarnos personalmente la publicación “Los caminos con piedras también se andan” unas memorias en las



Mariano Matey, su hija Eva y Matilde su esposa, Arantza Rodrigo, directora del Museo del Paloteo y Carlos de Miguel, profesor de dulzaina.

que Matey recuerda etapas de su vida y donde la música tradicional tiene un peso importante.

“El otro oficio de mi familia era la música. Mi padre tocaba el tambor con su hermano Pedro que tocaba la dulzaina y que vivía en San Pedro de Gállos [...]

Así empezó mi carrera en la música, me dio algunas clases de dulzaina mi Tío y algunas de solfeo el cura que entonces estaba en mi pueblo, Don Cosme. Unas y otras me sirvieron par empezar lo que después seguiría estudiando con otros profesores.”



DONACIONES AL MUSEO

Desde su inauguración en 2009, los fondos del Museo del Paloteo han seguido creciendo. Nuevas piezas se incorporan a la colección gracias a las donaciones de personas que, con el deseo de salvaguardar enseres de interés etnográfico que suelen formar parte de un legado familiar, deciden entregarlo a instituciones que les ofrezcan una garantía de conservación. Un gesto que desde un pequeño museo como el nuestro agradecemos sinceramente ya que nos permite ampliar saberes para compartir con nuestros visitantes y también con nuestros lectores a través de esta sección en *Lazos*.

CHÁCARAS Y TAMBOR GOMERO

Estos dos instrumentos del folklore de las Islas Canarias ocupan desde hace más de un año la vitrina de la Música y los Músicos en la Tradición, gracias a la donación de Carlos de Miguel.

Las **chácaras** son un instrumento popular de percusión, usadas en las islas de El Hierro y La Gomera. La chácara “macho”, de mayor tamaño y sonido más grave lleva el ritmo del tambor y se coloca en la mano izquierda. La chácara “hembra”, más pequeña y aguda, es la que repiquetea o repica y va en la mano derecha.



El **tambor gomero**, instrumento de percusión típico de la isla de La Gomera, heredado de los aborígenes isleños. Construido con madera de mimbrera y parches de piel de baifo (cabrito) en uno de los lados lleva una cuerda o un fino alambre de cobre que hace de bordón y se tensa con la clavija. Tocado con una baqueta acompañada, junto a las chácaras, los bailes y cantos tradicionales de la isla.



Hasta principios del siglo XX también se tocaba el tambor y las chácaras durante un curioso rito funerario conocido como el *velorio de los angelitos*, que se celebraba cuando moría un niño menor de siete años.



CITARINA

O CÍTARA DE CARTÓN

Donada por Bebel Gómez-Arnau y recientemente incorporada a la exposición permanente.

Perteneció a sus tías abuelas que la recibieron como regalo en 1924.

Conocida como **cítara de cartón**, era un instrumen-

to muy popular en toda la Península a principios del s. XX. Para tocarlo fácilmente se crearon unas partituras de cartón que se colocaban bajo las cuerdas, donde aparecía una línea numérica con el curso que el intérprete debía seguir para ejecutar alguna melodía popular. Se toca sobre las rodillas o apoyado en una mesa, las cuerdas son pulsadas con los dedos o con púa.

Los de calidad muy básica estaban a medio camino entre un juguete y un instrumento, existiendo muchos ejemplares en desvanes y anticuarios.

En las Cantigas de Santa María (s. XIII) aparecen dos músicos tocando cada uno instrumentos muy similares y que en la España medieval se conocían con el nombre de canno o caño por su similitud con el instrumento griego llamado kanôn.



Fuentes consultadas:

- <https://www3.gobiernodecanarias.org/medusa/wiki/index.php?title>
- Fundación Joaquín Díaz - Museo de la Música. Colección Luis Delgado. Instrumentos musicales en los Museos de Uruëña: Cítara. <https://funjdiaz.net/museo/ficha.php?id=13>.



UNA IMAGEN Y MIL PALABRAS

Tal y como anunciamos en verano, en este número de otoño publicamos los relatos que obtuvieron el primer premio, Juvenil y Adultos respectivamente, del concurso literario *Una Imagen y Mil Palabras* correspondiente al año 2021.



EL HOMBRE Y EL BURRO

Laia Farràs Coll

La cámara emitió un ruidoso clic y, en unos segundos, su vida quedó reflejada en una pequeña fotografía. Recuerdo que reímos y le dimos suaves palmadas en la espalda al burro, felicitándolo. Durante unos segundos me pareció que él sonreía, agradeciendo nuestras amables palabras. Esa tarde presumía de mi vestido azul, aquel que mamá me había regalado por mi decimosexto cumpleaños, apenas unas semanas antes. El hombre iba vestido con una camisa blanca y un gorro y, al bajar del animal, me saludo con una sonrisa y me dio la mano. Mamá no tardó en entablar una conversación con él, mientras yo observaba el burro con curiosidad.

-¿Cómo se llama? -le pregunté al hombre.

-No tiene nombre.

No pude evitar sentir compasión por aquel pobre animal. ¿Quién eres sin un nombre? ¿Cómo te recordarán si ni siquiera tienes una marca propia, algo con que identificarte? Así que, en un gesto de empatía, decidí bautizarlo con el nombre de Coco.

Cincuenta años después sigo observando aquella fotografía, preguntándome si hubiera podido evitar de alguna forma lo que vino a continuación. Solo dos meses después de conocer a Coco y a su dueño, este último se subió a un velero y jamás regresó. Las malas voces del pueblo decían que se había fugado con un amor de la juventud, dejando a su mujer y a sus hijos, otros, los más sabios, aseguraban que las olas lo habían engullido, aunque nunca encontraron su cuerpo. Nadie volvió a saber nada de él.

Y Coco se quedó solo.

De vez en cuando yo pasaba a hacerle compañía, le cantaba canciones y le recitaba poemas, intentando que se alegrara. Él acabó acostumbrándose a mi compañía, pero no volvió a ser feliz. Con cada mes que pasaba, el burro lucía más y más triste, como si añorara la compañía del hombre que lo había criado. A las pocas semanas dejó de comer, y aunque al final conseguimos que volviera a hacerlo, estaba débil. ¿Qué te pasa, Coco?, le preguntaba yo, entristecida por su falta de interés. Él negaba con la cabeza, como si hubiera comprendido mis palabras pero rechazara mi ayuda. Día tras día yo hacía lo posible para animarlo, y día tras día fracasaba. Coco ya no era ese burro alegre y confiado que había conocido ese mismo verano.

Llegó el invierno, y con él el hambre y el frío. Una mañana de enero en que todo parecía gris, salí a comprar leche, siguiendo órdenes de mi madre. Ese día el pueblo estaba más silencioso que de costumbre, como si pudiera intuir que estaba a punto de ocurrir algo extraordinario. Como siempre, al acabar mi encargo me dirigí al establo donde vivía Coco. Estaba dispuesta a contarle una historia que yo misma había inventado, aunque ya había perdido la esperanza de alegrar al burro. Antes de entrar en la estancia, Carolina, la mujer del hombre y dueña de Coco, me detuvo. Le sonreí, dispuesta a saludarla, pero al ver su palidez fruncí el ceño. Tenía el pelo despeinado y sus manos temblaban con sutileza. Coco ha muerto, fue lo primero que pensé.

-¡Oh, es horrible! -exclamó la mujer.

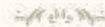
-¿Qué ha pasado? -pregunté asustada.



-Coco no está, alguien se lo ha llevado.

Por un momento sentí alivio, pero inmediatamente la preocupación se apoderó de mí. ¿Alguien se lo había llevado? ¿Quién? En el pueblo todos le tenían un peculiar cariño a Coco, pero nadie sería capaz de llevárselo, y mucho menos de hacerle daño. Pronto reunimos suficientes personas para empezar una búsqueda por los terrenos cercanos. Recorrimos todo el pueblo y los alrededores, pero nadie encontró nada, ni un solo indicio de que se lo hubieran llevado ni de que se hubiera escapado. Coco había desaparecido entre las sombras de la noche. Cuando el sol empezó a ponerse, ya habíamos perdido la esperanza de encontrarlo. Yo me negaba a creer que Coco hubiera desaparecido así como así, me negaba a creer que no lo volvería a ver. Así que, haciendo caso omiso a las estrictas instrucciones de mi madre, corrí y corrí por el prado, llamando a Coco a gritos y sintiendo como las lágrimas luchaban por salir de mis ojos. No sé cuánto tiempo estuve buscándolo, pero cuando quise darme cuenta el sol se despedía de mí, y las estrellas me daban la bienvenida. Fue entonces cuando lo vi. En la lejanía, pude distinguir la figura del burro, acompañada por un hombre de mediana edad. Caminaban con tranquilidad hacia el horizonte, como si en cualquier momento pudiesen llegar a su destino. Grité al hombre, le llamé ladrón y cuando estaba a punto de dar media vuelta y alertar al pueblo que había encontrado a Coco, él se giró. Al ver su sonrisa, me quedé helada. Era el dueño original de Coco, aquel que había desaparecido meses atrás en un velero. Quizás era un fantasma, quizás solo era un hombre de carne y hueso que había decidido regresar, nunca lo sabré del cierto. Me dijo adiós con la mano, y yo le correspondí el gesto. Lo supe de inmediato. Coco solo sería feliz a su lado, y el hombre, quizás cumpliendo una promesa, había vuelto a buscarlo.

Como dos mejores amigos que se reencuentran después de un largo tiempo.



AMIGO FIEL

Ana María Abad García

Una mañana como otra cualquiera. El hombre se levanta, se avía, toma un rápido desayuno -ya almorzará como es debido más tarde, en el campo, con lo que la mujer le haya puesto en el talego-, y se apresta a comenzar la jornada. Es temprano aún, el sol está rayando el horizonte con un tímido brillo ambarino que baña los campos de color miel. Aún así, su fiel compañero ya le espera en la puerta, golpeteando impacientes sus cascos en los adoquines del patio.

El hombre se acerca con calma, no hace falta correr, las mieses no van a ir a ninguna parte. Le da unas palmaditas en el lomo, le tironea de las crines hirsutas, pega a su morro la mano callosa. El animal saborea el terrón de azúcar que ésta esconde, con fruición y con presteza: sabe que si aparece la mujer les regañará a los dos por ese capricho, inocente pero indebido. Aquí llega, demasiado tarde: la golosina ha desaparecido sin dejar rastro y ambos compinches la miran, todo inocencia los ojos viejos, todo inocencia los redondos ojos.

La mujer, sin sospechar la pequeña triquiñuela, asegura el pesado talego y sacude la cabeza en señal de despedida, antes de volver a sus quehaceres. La jornada es larga y el trabajo arduo.

Por fin están listos. El hombre se encarama al lomo del animal, se acomoda sobre la tosca manta y emite un chasquido con la lengua. El asno agita las orejas e inicia la marcha. Franquea el portalón del patio, desciende la cuesta, sale al camino, llega al campo. No necesita ninguna indicación, se sabe el trayecto de memoria: es el mismo de cada día, desde hace ya tantos años que le parece que no ha hecho otra cosa en su vida. Patio, cuesta, camino, campo. Patio, cuesta, camino, campo. Y al caer la tarde lo contrario: campo, camino, cuesta, patio. Y al llegar a casa, un buen cubo de agua fresca y una bala de sabroso heno.



¿Quién dijo que los burros no tienen paraíso?

Mientras el hombre se afana con la hoz, bajo el sol que ya calienta lo suyo, él puede deleitarse con la hierba tierna cercana al río, a la sombra de los sauces, pero sin quitar ojo al talego que descansa en una grieta rocosa, al fresco; sabe que cuando el hombre lo abra para almorzar, siempre habrá una jugosa zanahoria para él.

Ese día, sin embargo, algo es diferente. Ha pasado mucho rato y el talego sigue en su lugar, intacto. El sol declina ya hacia las montañas pero el hombre no ha venido a por su comida. El animal suspira por su zanahoria y decide ir a investigar. Se aparta de la arboleda y cruza el campo, levantando polvo al triturar los terrones con sus pezuñas. Anda, el hombre está durmiendo la siesta. Pero, ¿por qué a pleno sol? ¿Y por qué en esa postura tan incómoda?

El asno se acerca, olisquea, resopla entre dientes. Nada. Agacha la cabeza, le empuja el hombro con el morro, rebuzna. Nada. Patea el suelo con fuerza, rebuzna de nuevo. Está asustado: algo no va bien. Rebuzna más alto, vuelve a patear. Por fin, el hombre abre los ojos lentamente, hace una mueca de dolor, respira profundo, muy despacio.

- Eh, amigo, échame una mano -murmura.

El burro se apresura a poner la cabeza al alcance del brazo tendido. El hombre se agarra del ronzal y trata de levantarse pero le fallan las fuerzas. El animal espera, paciente. Al segundo intento, afianza bien las patas en la tierra y tira de la cuerda, con suave insistencia, hasta que el hombre consigue ponerse en pie. Jadea con dificultad, como si le costase meter el aire en los pulmones.

Despacio, se dirigen los dos hacia un montón de pedruscos, que el hombre escala para poder alzarse hasta el lomo del asno. Le lleva un rato pero finalmente alcanza su objetivo y, medio sentado medio derribado sobre el cuello peludo, le susurra al oído:

- Vamos a casa, compañero.

Obediente, inicia el retorno por el conocido camino, sube la cuesta, entra en el patio. Aún es pronto, no se ha puesto el sol, no los esperan. El animal rebuzna con fuerza, siente que el hombre se desliza hacia el suelo, arrastrando la manta con él, teme que se haga daño. Un grito de alarma, la mujer corre hacia ellos, atrapa a su marido en sus nervudos brazos y lo deposita con cuidado sobre los adoquines. Un chiquillo asoma la cabeza por la puerta de la cocina, curioso, y al ver la escena abre mucho los ojos y sale disparado, sin mediar palabra: sabe dónde vive el médico.

Es muy tarde cuando la mujer sale al patio y conduce al jumento al establo. Le da de comer y de beber, le acaricia la testuz con sus manos ásperas. En su rostro se aprecian surcos de lágrimas. El asno se remueve, inquieto. Para su sorpresa, antes de retirarse la mujer le obsequia con un terrón de azúcar. Goloso, lo mastica y se relame. ¿Será una buena señal o todo lo contrario?

Pasan varias semanas sin que el hombre pise la cuadra. Es el chiquillo quien va a verlo a diario, lo cepilla, le pone agua limpia y paja fresca, le hace dar vueltas por el patio para que no se le agarroten las patas, que ya tienen sus años. Y todos los días, sin faltar uno, le lleva una enorme y succulenta zanahoria, que él engulle con agrado.

Por fin, una soleada mañana, aparece el hombre sonriente, vestido de domingo con la camisa blanca abotonada hasta el cuello y la boina buena. Monta en su lomo, como de costumbre, pero no salen del patio empedrado. El hombre está quieto, muy tieso, y frente a ellos un individuo extraño con un extraño aparato entre las manos que lanza de pronto un fogonazo y una nubecilla de humo. Y ya está, de vuelta al establo, sin cruzar el patio ni bajar la cuesta ni tomar el camino ni llegar al campo, sin hierba tierna ni sombra de sauce. Al día siguiente ya tendrán tiempo de retomar la rutina, con calma, sin correr, los dos juntos, como siempre.

Y sobre la mesilla de noche, la fotografía enmarcada de los dos compañeros. Un recuerdo permanente de ese amigo fiel que un día le salvó la vida.

TERRAZA EL PATIO



BAR LLORENTE

Tel. 921 53 10 86
40289 SAN PEDRO DE GAILLOS
(Segovia)

Museo del Paloteo
Centro de Interpretación del Folklore




Hotel Rural
El Labrador

Hotel Rural El Labrador
Web: hotelruralellabrador.com
Tel: 640 67 26 01
Email: hotelruralellabrador@hotmail.com

Hornos Castro

Horno de Asar para encargos
(cordero, cochinillo y pollo)
Productos de matanza artesanos
Especialidad en chuletones de buey,
ternera y cordero



Embutidos Los Sanpedros S.L.
Ctra. de San Pedro de Gaillos a Aldealcorvo s/n
40389-San Pedro de Gaillos - Segovia
Tfnos: 921 063 898 / 660 619 031




INSTITUTO
DE LA
CULTURA
TRADICIONAL
SEGOVIANA

MANUEL GONZÁLEZ HERRERO

Diputación de Segovia

AULAS DE MÚSICA TRADICIONAL

Promocionando nuestro Folklore desde 2003



Ayuntamiento de SAN PEDRO DE GAILLOS



Colabora:



☎ 921 531001 ✉ centrofolk@sanpedrodegaillos.com

📍 Centro de Interpretación del Folklore 🎪 Museo del Paloteo